



R  
e  
q  
u  
i  
e  
m  
**para un  
hombre  
bueno**

por L. d'ANDRAITX



*Joaquín Gruart y Gascons*

Hoy, día 6 de noviembre de 1969, a la hora de redactar estas líneas, y cuando me llega la triste noticia del fallecimiento, ocurrido en San Feliu de Guíxols, de Joaquín Gruart y Gascons, eficiente e inseparable compañero mío en las tareas de redacción del semanario ANCORA, siento el deber, el imperativo, en homenaje al amigo desaparecido, de hablar, al amparo de estas columnas, a la Provincia toda, de este hombre bueno, que tanto la quiso, queriendo a su ciudad.

Y al hablar de él y de su vida, recordar el gran valor que suponen las aportaciones personales, en dedicación y esfuerzo, incluso en el caso de derivarlas a la consecución de los más modestos e insignificantes logros; de aquellos, tan aparentemente insignificantes, que no consiguen ni mover la balanza de la pública atención ni los resortes del agradecimiento. Tal podría ser, por ejemplo, el logro que significa el que cada jueves, pulcra y puntualmente, salga a la calle una publicación como ANCORA. Este semanario, en la fecha que firmo esta crónica, lleva el núm. 1.115. Y aunque en sus mil y pico de ediciones salió siem-

pre a la calle sin hacer ruido, aunque jamás se aureoló, ni ante élites ni galerías, con ningún expediente de peligrosidad, aunque nunca mereció especiales laureles, ANCORA, —es obvio—, ha venido cumpliendo y cumple, con su presencia, una magnífica e importante misión.

Hoy, me refiero concretamente a unas tareas informativas, pero muy bien podría hablar de otro tipo completamente distinto de realizaciones. Realizaciones de índole diversa, que circunscritas a un aparente ámbito municipal o comarcal, —y digo aparente, ya que creo que cualquier proyección trasciende sus meros límites formales—, generalmente, quedan ignoradas de la Provincia, sin que ella se dé cuenta de que su propio crecer, de que su savia y su desarrollo espiritual dependen más del conjunto de una serie de constantes y entrañables menudencias que de los espectaculares triunfos, esporádicos, adscritos y anotados, casi siempre, por razones de medios y de demografía, a la capital.

Estas entrañables y constantes menudencias son basamento, terraplén, seguridad sin grietas, apoyo y catapulta, desde donde pueden saltar al aire las obras de más altos vuelos. Llamas altivas y brillantes, que no tuvieron, empero, otra cuna que el resollo general y profundo, anónimo, y un crisol gigante de horneados amores.

Alguna vez que otra, —es cierto—, y muy especialmente en las páginas de esta revista, he visto elogiar labores y nombres ignorados hasta entonces, en debido y gentil reconocimiento a unos hombres, que sin haber conseguido proyecciones resonantes, al estudiar sus vidas y sus trayectorias se consiguió evidenciar que eran mano de obra directa e insustituible en la forja cotidiana del ser y de la esencia de sus respectivos pueblos y de la Provincia. Pero muchos más, muchos hombres y valores, quedan ignorados, encerrados en la humildad de su reducto, abrigados en la opacidad de su intrínseca modestia.

Soldados desconocidos, artífices de las más sanas victorias. Incansables, amorosos trabajadores.

Joaquín Gruart y Gascons fue uno de ellos. Y sirva mi compañero, hoy, de símbolo de todos los que hicieron como él: darse con ilusión a su patria chica, a la ciudad que les vio nacer o en la que crecieron y se establecieron. Darse, y no, en aras de egoístas beneficios, sino en bien y honor de su propia tierra.

Durante los últimos años, fue en ANCORA donde aportó su más destacado esfuerzo. Y no fue remisa su aportación ni el esfuerzo poco, batallando en la lucha diaria, para sostener, desde su jefatura geriátrica, y como el más joven de los redactores, el nivel, el interés y la continuidad del Semanario, que de otra forma ya hubiese naufragado, como naufragaron y desaparecieron

prematuamente, una a una, todas las publicaciones de la otra densa vida periodística guixolense. Vida periodística, en la que asomaron, también, destacados valores literarios, y de la que, recientemente, Joaquín Gruart había realizado una glosa histórica de singular interés y de la que entresacamos los siguientes datos:

«De la vida periodística guixolense existe documentación en el Archivo Municipal a partir de 1878. Las mejores plumas de aquella época fueron, en general, guixolenses por razones de vecindad o por origen paterno. Tal sucede con Fernando Patxot, conocido autor de «Las ruinas de mi convento», nacido en Mahón. Salvador Albert, poeta y prosista, era de Palamós. Vicente Piera, de Palafrugell; José Palahí, de Figueras. Del propio San Feliu, Primitivo Artigas, quien con gran competencia escribió trabajos monográficos sobre la industria taponera. También Florencio Pou era guixolense de origen; de él se comenta su claro ingenio, pero hasta la fecha, nada consta documentalmente de su larga producción, aunque no se pueda asegurar que esté perdida.

Dos nombres destacan, de una manera especial, en este primer período: José Lloveras y Roig (1850-1912) y Juan Vergés y Barris (1873-1914). El primero, «en Pepitu Lloveras» se caracterizó por la fina transparencia de sus artículos, que lo encuadraron en la pléyade de los escritores costumbristas. Colaboró, asiduamente, en los periódicos guixolenses «La Lealtad» y «Llevor». Una antología completa de su obra la debemos a la iniciativa del editor Octavio Viader, —el primero que imprimió un libro sobre papel de corcho—, que la recogió bajo el título de «Llevantins i Cubans». En el Archivo Municipal se conserva uno de estos ejemplares.

Juan Vergés y Barris, oriundo de Palafrugell, durante sus años de estancia en San Feliu, fue un asiduo colaborador de la revista literaria «Jovenut», revista de excelente factura y contenido. En su ciudad, colaboró en «Emporium», «Llibertat» y «La Crónica». Era Juan Vergés hombre culto e inspirado poeta. Devotísimo de Maragall, al que dispensó una gran veneración. Murió a los cuarenta años, y, hasta hoy, su obra no ha sido aún recopilada.»

La historia de la vida periodística y literaria guixolense de los últimos tiempos, a partir de la aparición de «El Programa», al que siguieron «Acción Social Obrera», «Ciutat Nova», «L'Avi Muné», «El Ideal», «Costa Brava», «Onada»,

«Palmatorium» y su oponente «Espalmatorium», «Símbolo» y ANCORA queda aún por escribir. Si varias de las plumas, que colaboraron en estas publicaciones, enmudecieron ya para siempre, muchas salvaron con su fama el más imperecedero recuerdo: Gaziel, Llampayas, Bosch y Viola, Calzada y Carbó, Soler Cazeaux, entre otras, que quizás estoy olvidando y muy a pesar mío.

ANCORA es el semanario que, dentro del volumen total del panorama periodístico guixolense, ha tenido una trayectoria más constante y casi casi más larga. Sólo «El Programa», órgano que fue del partido federal, y cuya última edición llevaba el número 1.153 ó 1.154 supera con su número de ediciones al semanario actual, aunque con escaso margen. Lo alcanzaremos muy pronto, decía, animoso, Gruart.

Joaquín Gruart tenía a su cargo, en ANCORA, la sección «Papeles Viejos», dada su maña y afición a huronear por archivos y bibliotecas, a la caza de noticias y reseñas, semiperdidas en el amarilloce oceano de ajadas hojas, surcadas de palabras manuscritas o impresas en viejos signos tipográficos.

Fue nuestro amigo una firme columna en el quehacer semanal y prácticamente anónimo del Semanario. Paciente corrector. Agil redactor, veloz, de la última noticia, que saltaba sobre la mesa. Capacitado maestro de los redactores más jóvenes. Maestro en su específico cometido; maestro en bodades y amor.

Nunca supimos si su arraigo al Semanario era debido a sus aficiones periodísticas o porque, sencillamente, a través de él, se vinculaba a una tarea, desde la cual podía manifestar su vocación de servicio y su gran amor al San Feliu de Guixols de sus desvelos. Nos inclinamos por esto último, porque Joaquín Gruart, y en diferentes épocas, (ha fallecido a los 71 años), había sido un colaborador de primera fila en cuantas actividades culturales y artísticas venía brotando la Ciudad, especialmente en cuanto a la música, al canto o al teatro hacía referencia.

Siempre quiso muy alta a su tierra y labró, incansable, para enaltecerla. Con modestia, pero con firmeza; en menudas empresas, tal vez, pero de carácter y valor marcadamente humanístico. Realizó una hermosa siembra de características dominantes, que no se pierden en el cambio de generaciones, sino que constituyen una permanente herencia, afincada en el corazón y en la más profunda raíz de los pueblos.